

Diagnóstico de la situación de Bilbao la Vieja, San Francisco y Zabala

[Fragmento de un documento elaborado en una jornada de trabajo, realizada el 24 de noviembre de 2007, en la que participamos treinta personas de diferentes grupos de la Coordinadora y pretende recoger nuestra visión compartida acerca de la situación de nuestros barrios]

El proceso principal que situamos en el centro de nuestras preocupaciones es el de la integración relacional, el de la construcción de vínculos entre las personas de nuestros barrios. Si bien el principal reto al respecto tiene que ver con la vinculación entre personas autóctonas y personas inmigrantes (una cuarta parte ya de nuestra población), también se observan insuficiencias o dificultades en las relaciones entre personas inmigrantes o autóctonas entre sí, en las familias, unidades de convivencia, comunidades vecinales y barrio en general...

Si analizamos este proceso, vemos que hay experiencias positivas de integración pero, globalmente, consideramos que ésta se presenta, en buena medida, como una realidad muy problemática. Los vínculos deseables en la vida de un barrio no son, en general, vínculos intensos pero deben tener un carácter más bien positivo y configurar un tejido razonablemente articulado, tupido e incluyente. En nuestros barrios estamos lejos de esta realidad, en buena medida por la rotación de personas que producen los fenómenos de los que hablaremos a continuación.

Y es que, junto a este primer fenómeno, hemos identificado otros cuatro relevantes y significativos, todos ellos relacionados con el anterior y entre sí:

- La persistencia, en nuestros barrios, de una fuerte realidad de pobreza y exclusión social.

- La conflictividad y violencia, más o menos contenida, pero presente y creciente en nuestras calles. Unida frecuentemente a la utilización del espacio público para actividades inapropiadas (tales como el tráfico y consumo de drogas o, también, una nueva presencia de la prostitución en diferentes calles).
- Los importantes efectos indeseables (involuntarios o no) de las políticas e intervenciones públicas.
- La presencia activa de numerosos agentes y movimientos sociales que, sin embargo, presentan una muy limitada conexión con el vecindario, una buena parte del cual se muestra desmovilizado y desmotivado.

En cuanto al primero de este grupo de fenómenos (la pobreza y la exclusión social), somos conscientes de que, en buena medida, tiene que ver con situaciones macroeconómicas o macrosociales en las que sólo limitadamente podemos impactar agentes y movimientos que trabajamos a escala microsocia y local. En cualquier caso, esta cuestión, por sus indudables consecuencias, no puede estar fuera de un análisis de la realidad. Por cierto, sabemos que este fenómeno, como el siguiente, afecta en mayor medida a las mujeres que a los hombres.

En cuanto al segundo fenómeno (la conflictividad y la violencia), seguramente tiene mucho que ver con la pobreza y la exclusión de la que acabamos de hablar, pero sentimos que ante estos fenómenos, las vecinas y vecinos tenemos más que hacer, reaccionando ante las agresiones que se producen en el interior de las viviendas cuando sabemos de ellas, ocupando el espacio público y no permitiendo que se apropien de él quienes generan inseguridad a otras personas, vulnerando sus derechos.

En lo que tiene que ver, en tercer lugar, con los efectos indeseables de las políticas e intervenciones públicas, constatamos que éstos se producen con mucha frecuencia. No sabemos en qué medida esto ocurre por una falta de proximidad a nuestra realidad por parte de quienes diseñan esas políticas e

intervenciones o incluso si esos efectos que consideramos indeseables pueden llegar a ser deseados o al menos aceptados por algunas personas con responsabilidades políticas o técnicas en las administraciones. Ejemplos no faltan:

- Planificación educativa que contribuye a acentuar la segregación de personas que ya estaban antes social y espacialmente segregadas.
- Intervención en el ámbito de la vivienda y el urbanismo con similares efectos.
- Percepción y utilización indebida de prestaciones económicas gestionadas por los servicios sociales con la consecuencia, en unas personas, de situaciones de dependencia pasiva hacia dichas ayudas y, en otras, que conocen el hecho, de malestar y desafección en relación con las políticas sociales (se menciona el caso de personas que, tras empadronar a alguien en su domicilio, le cobran un porcentaje de sus prestaciones económicas cuando empiezan a cobrarlas).
- Implantación, con ayudas públicas, de comercios o negocios que, en ocasiones, no encajan con la realidad de nuestros barrios y que, por ello, no tienen el pretendido efecto tractor (frente a otros locales, nuevos o tradicionales, promovidos por personas autóctonas o inmigrantes, que sí se mantienen y mejoran).
- La presencia policial tiene un impacto limitado en la vulnerabilidad de la población y, sin embargo, provoca malestar en algunas circunstancias.
- En definitiva, los propios planes para la rehabilitación del barrio son valorados como manifiestamente mejorables y nos da la impresión de que el actualmente vigente va *perdiendo fuelle*.

Por último, constatamos que el movimiento social organizado, articulado en nuestra Coordinadora, aunque ha demostrado capacidad autónoma de organización y movilización, sólo representa y dinamiza a una pequeña parte de la ciudadanía. En cuanto a la intervención social en la zona, hemos de decir que no faltan, incluso, algunas entidades que intervienen de forma

especialmente descontextualizada y desajustada (se pone el ejemplo del reparto de comida en la calle, que contribuye, entre otras cosas, a deteriorar la imagen de nuestra zona, ya de por sí bastante negativa en general).

A pesar de ello, sin embargo, creemos que es justo recordar que muchas de las iniciativas y mejoras que se han llevado adelante en nuestros barrios a lo largo de los años han sido planteadas, exigidas, promovidas o realizadas por parte del movimiento social.

...
